

JOSEPH A. PAGE

**UN PERONISMO
PARA EL SIGLO XXI**



INSTITUTO NACIONAL “JUAN DOMINGO PERÓN”
DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, SOCIALES Y POLÍTICAS
Buenos Aires
2006

PRESENTACIÓN

“Lo que es más, es posible encontrar hoy, en la doctrina justicialista básica, algunos principios fundamentales y sustantivos, sobre los cuales se podría erigir el peronismo para el Siglo XXI”

Joseph Page, Buenos Aires, 1998

Diseño, composición y armado:
Caligrafix Servicios Gráficos Integrales S. H.
Av. Pueyrredón 1440, 2° - C1118AAR Buenos Aires
Telefax: 4821-6263
info@caligrafix.com.ar - www.caligrafix.com.ar

Impresión:
Talleres Gráficos DEL S. R. L.
E. Fernández 271/75 - Piñeyro
Telefax: 4222-2121

Marzo de 2006

Tenemos una particular satisfacción en la reedición de este Cuaderno con la palabra del profesor Page. Esta satisfacción se debe a que tuvimos el gusto de recibir la visita del Profesor en nuestro Instituto, de poder agregar al conocimiento de que había trabajado ocho largos años sobre la vida y la obra del general Perón, su serena presencia, su interés por el futuro de la investigación histórica sobre nuestro líder y la confirmación de la continuación de su trabajo que se plasmará en una nueva obra corregida y aumentada.

Siempre es reconfortante que investigadores de la talla del profesor Joseph Page, aporten su punto de vista sobre el movimiento peronista que cambió definitivamente la política argentina desde su jubiloso nacimiento el 17 de octubre de 1945 y que aún hoy, a sesenta años de su aparición, sigue liderando los destinos de la Nación.

Lorenzo Pepe
Secretario General

JOSEPH A. PAGE

El Profesor Joseph A. Page es graduado de la Universidad de Harvard donde obtuvo su Maestría en Derecho (1964), como así también sus títulos de Bachiller en Artes (1955) y en Derecho (1958).

Es miembro del Colegio de Abogados de Massachusetts y del Distrito de Columbia (actualmente inactivo).

Fue Profesor Adjunto y Titular de la Facultad de Derecho de la Universidad de Denver (1964-68), y es actualmente Profesor Adjunto Titular de la Facultad de Derecho de la Universidad de Georgetown desde 1968.

Fue profesor visitante en la Facultad de Derecho de la Universidad de San Diego durante el verano de 1994.

Es miembro del Directorio de Public Citizen, Inc.

Ha escrito los libros:

“*The Revolution that Never Was: Northeast Brazil, 1955-64*”, Grossman Publishers, 1972. (Traducción al portugués, Editora Record, 1989).

“*Bitter Wages: The Nader Report on Disease and Injury on the Job*” Grossman Publishers, 1973.

“*The Law of Premises Liability*”, Anderson Publishing Co., 1976.

“*Perón: A Biography*”, Random House, 1983. (Traducción al castellano publicada en dos volúmenes, Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1984).

“*The Brazilians*”, Addison-Wesley, 1995. (Traducción al castellano “*Brasil, el gigante vecino*”, Emecé Editores, Buenos Aires).

Ha escrito, asimismo, diversos artículos y críticas de libros en la revista del New York Times, The New York Times Book Review, Atlantic, New Republic, The Nation, Américas, Todo es Historia, Commonweal, The Progressive, The Philadelphia Inquirer, The Boston Globe, Denver Post, The Washington Post, The Miami Herald, y The Christian Science Monitor.

Sobre la Argentina, publicó los siguientes artículos:

“*Report on Argentina*”, Atlantic, octubre 1963.

“*Evita; The True Life and Strange Cult of the Long-Running Legend*”, The Washington Post, Washington, 20 de septiembre 1981.

UN PERONISMO PARA EL SIGLO XXI

Es para mí un placer muy especial, y un gran honor, el estar aquí con ustedes en este importante y acogedor Instituto Nacional Juan Domingo Perón de Estudios e Investigaciones Históricas, Sociales y Políticas.

La existencia de este Instituto es un signo evidente de la seriedad y madurez que ha alcanzado el Movimiento Peronista en esta etapa, en que trata de alentar la investigación histórica de ese fenómeno político y social que se conoce con el nombre de peronismo, investigación basada en los hechos, la documentación y los testigos, investigación que no teme la verdad histórica, que no está presa con las cadenas del pasado y que hace honor al sujeto que la inspira.

Yo pasé ocho años de mi vida dedicado al estudio del pensamiento, los hechos y los tiempos del General Juan Domingo Perón, les puedo dar testimonio personal de lo difícil que es seguir la pista a los documentos y las pruebas, que el biógrafo necesita para dar vida al personaje cuya historia pretende contar. La tarea de los futuros biógrafos del General Perón estará facilitada por lo que este Instituto tiene para ofrecerles.

Hoy he decidido hablar no del pasado sino del futuro, y reflexionar sobre la relevancia que tendrá el peronismo en la Argentina del siglo XXI. Lo que quisiera hacer es sugerir líneas de investigación que pudieran ayudar a esclarecer lo que el Dr. Cafiero, en el título de su excelente libro, llama “*El Peronismo que viene*”. Perón y el peronismo, o el justicialismo –para usar un término tal vez más apto–, fueron producto de su momento histórico. Las consecuencias económicas y políticas de la guerra catastrófica que asoló Europa y Asia, al igual que las fuerzas sociales que despertaban en la Argentina, se combinaron para crear una encrucijada en la cual el nacionalismo y el estatismo del movimiento peronista, tomaron forma bajo la dirección de un líder, cuyo genio consistía en su habilidad, tanto para adivinar como para encarnar, lo que sus seguidores querían.

Hoy, cuando la Argentina se prepara para entrar en el Siglo XXI, la situación mundial y nacional no podrían ser más diferentes al estado de cosas que imperaba en el momento en que Perón entró en la escena nacional, no hay lucha entre los Aliados y el Eje, no entre las potencias y anticomunistas. No

se cuenta, cómo cuando él llegó al poder, con las reservas de divisas acumuladas durante la Segunda Guerra Mundial, no se dispone del producto de una balanza comercial favorable que pueda ser invertido en obras destinadas a mejorar la infraestructura de la Nación, o crear nuevos programas sociales.

Hoy, una filosofía más o menos liberal prevalece en muchas naciones del orbe, y la realidad de una interdependencia económica ha reemplazado el sueño de la independencia económica que constituyó la base de los principios del justicialismo. Nuevas tecnologías en el área de las comunicaciones han convertido al mundo en una aldea global, a la cual la mayoría de los argentinos aspiran pertenecer. Por otra parte, el gusto amargo de la experiencia dolorosa de varias dictaduras ha convencido a una gran mayoría de los argentinos que deben rechazar el autoritarismo. Y los vaivenes de experimentos y de políticas económicas que antaño los hacían vulnerables a la plaga de la hiperinflación, los han sensibilizado en cuanto a lo que es factible y deseable en esa esfera.

Por ello, querer volver al peronismo del pasado es una quimera: ello no sucederá, ni tampoco es bueno y saludable que acontezca. Ha pasado mucha agua bajo el puente. Tanto la Argentina, como el resto del mundo, es un lugar completamente distinto. Los argentinos ya no están aferrados al pasado sino que, como sus vecinos de Chile, Paraguay, Uruguay y Brasil, quieren alcanzar un mañana mejor.

¿Quiere decir esto, entonces, que el peronismo no tiene otro lugar, como no sea en los libros de Historia? Hay quienes dicen ahora que el peronismo nunca fue mucho más que una forma de pragmatismo disfrazado de filosofía política. Dicen que, fuera lo que fuera que funcionara, lo que hiciera falta en el momento, lo que decidiera el líder, ello podía ser racionalizado y se lo hacía entrar dentro de los parámetros del justicialismo, doctrina que parecía nutrirse de incoherencias. Bajo tal interpretación, y considerando el hecho innegable de que el movimiento peronista estuvo, en gran parte, animado por la energía de las emociones, la dirección que tomaban sus seguidores dependía, exclusivamente, de lo que las necesidades prácticas dictaban.

Si uno estudia la doctrina justicialista, y especialmente las palabras del propio General Perón, puede hallar, en parte, confirmación a la visión que tienen los críticos del peronismo. El pragmatismo era una realidad, y esta es sin duda, la falla original que más ha confundido a los justicialistas desde la muerte de Perón, cuando le tocó al movimiento asumir realidades nuevas y retos desconocidos. La elevación del pragmatismo a nivel de doctrina, cosa que se da hasta el día de hoy, hizo posible que políticas que eran totalmente opuestas a lo que representaba

el peronismo en la primera y segunda presidencia de Perón, puedan hoy caber bajo el mismo techo que antaño cobijaba el peronismo. Existe otro interrogante, sin embargo, que ve la evolución del justicialismo no como un pragmatismo sin principios, sino como un don de crecer y adaptarse a otras realidades. Por ejemplo, el principio de la verticalidad, que en un tiempo era fundamental para el justicialismo, ha dado lugar a la adopción de procesos democráticos que buscan acomodar la diversidad de opiniones en lugar de imponer obediencia. Esto, para mí, es un progreso y no una forma de pragmatismo.

Lo que es más, es posible encontrar hoy, en la doctrina justicialista básica, algunos principios fundamentales y sustantivos sobre los cuales se podría erigir el peronismo para el siglo XXI. En esta oportunidad quisiera explotar dos de esas creencias: el compromiso hacia la justicia social y la unión de las naciones.

En 1946 el Presidente Juan Perón promulgó que la justicia social era la meta central de su nueva administración. Buscó integrar a los trabajadores al proceso político y tomar pasos conducentes a la “humanización” del capital; prometió, además, distribuir entre los trabajadores una tajada mayor del producto bruto nacional, en la forma de ingresos, asistencia médica, educación y vivienda. Perón pretendía lograr esto mediante la expansión, antes que mediante la redistribución de la riqueza existente en la Argentina.

El llamado de Perón a favor de la justicia social, refleja el pensamiento católico, tal como lo manifestó, en el siglo pasado, la Encíclica del Papa León XXIII titulada *Rerum Novarum*. En 1891, el Papa León XXIII criticó la economía de libre mercado, debido a que ella infligía pobreza, inseguridad y hasta degradación a la clase trabajadora. Aunque el Papa reconocía el derecho de la propiedad privada, él identificaba claramente los excesos que podían derivar de un capitalismo desenfrenado y expresó su oposición a tales excesos.

Cien años después de la *Rerum Novarum*, el Papa Juan Pablo II reiteró las sabias disquisiciones de León XXIII, e hizo su propia crítica a la idolatría del mercado libre y el consumo insensato. En su Encíclica *Centesimus Annus*, el Santo Padre reconoció el valor de los motivos de lucro como impulsores del crecimiento y desarrollo, pero propició un capitalismo con rostro humano, y apoyó la intervención del Estado en la economía, para promover metas tan loables como el empleo total.

La prueba difícil que hoy debe pasar el justicialismo es reconciliar el reconocimiento de las demandas equitativas de la justicia social con la necesidad inevitable de seguir un modelo de desarrollo económico que se apoye en la energía creada por la empresa privada, por la libre competencia y por

el libre comercio. Los argentinos tienen una tendencia a llevar las cosas a los extremos –algo que es propio del carácter nacional– y por ello tuvieron, en los últimos años un gran apuro en abrazar una forma de capitalismo salvaje, por el que se debe pagar un trágico precio de la población. Quienes son dejados de lado, deben luchar denodadamente para ganar apenas lo suficiente para tener techo y sustento.

Los dictados del justicialismo especifican claramente que el progreso no debe, ni puede, ser medido en términos de producto nacional bruto solamente. ¿Por qué? Porque una sociedad en la cual las riquezas quedan concentradas en las manos de unos pocos, mientras la mayoría de la población ve que su estándar de vida disminuye, no es una sociedad sana. Tal sociedad, inevitablemente, sufrirá de calamidades tales como el aumento del crimen y un deterioro en la calidad de vida. No hay que engañarse, este es el precio inevitable que hay que pagar por el capitalismo salvaje.

Al mismo tiempo, ya ha quedado demostrado que la excesiva intervención del gobierno en la economía puede desalentar la creación de la nueva riqueza que es esencial para el desarrollo. El Estado debe permanecer atento y ofrecer los incentivos necesarios para el crecimiento constante, lo que quiere decir que los empresarios tendrán toda la libertad, tanto para tener éxito, como para fracasar.

El estado puede usar su autoridad para terminar con los monopolios que impiden la libre competencia y crear un clima en el cual florezcan los pequeños empresarios.

Los neoliberales, que profesan una fe inamovible en el sistema de libre mercado, insisten en que “una marea alta eleva todos los botes”. Pero la Historia nos enseña que no todos los miembros de la sociedad pueden subirse a los botes. Además, ciertas aceleraciones en el crecimiento económico suelen causar dislocaciones en la clase media y la clase trabajadora, y redundar en beneficio para quienes están al tope de la pirámide social. ¿Es o no posible crear un clima económico que aliente el aumento de la productividad, y que no termine produciendo transferencias masivas de riquezas de los pobres a los ricos –un fenómeno que los brasileños llaman “economía de robar al pobre para dar al rico, a la inversa de lo que hacía Robin Hood”?

Quienes estuvieron a favor de la privatización de los entes del Estado afirmaban que ellos pueden ser mucho más eficientemente administrados, si se los convierte en empresas privadas. Sin embargo, si no existe algún sistema de reglamentación, por parte del Estado, que asegure que los servicios que

se prestan sean de alta calidad, a un precio justo, y que, además, sirvan para evitar la concentración económica en las manos de monopolios privados, los viejos problemas van a ser reemplazados por otros nuevos.

El justicialismo ofrece puntos de partida para la seria consideración de estos temas. La doctrina social de la iglesia católica pone al Estado y a la economía al servicio de la humanidad. El justicialismo incorpora esta filosofía y busca adaptarla a la realidad argentina. Podría resultar cierto, que ahora que ha desaparecido la dicotomía entre capitalismo y comunismo que dio lugar a la noción de la “tercera posición”, el justicialismo podría quizás ayudar a definir una “segunda posición” que preservara el dinamismo de la economía de mercado y asegurara la distribución equitativa de la riqueza que se genera.

El segundo aspecto del justicialismo tradicional, que vale la pena revivir y repensar, es la creencia en los beneficios de la unidad de Latinoamérica, que inspiró el famoso dictamen de Perón de que “El año 2000 nos encontrará unidos o dominados”, basado en el sueño de Simón Bolívar de unificar el continente luego de su independencia de la dominación española; la visión de Perón estaba directamente moldeada en el éxito del Mercado Común Europeo. Además, él vio que la integración de Latinoamérica era el único camino hacia el desarrollo, que no iba a requerir el depender servilmente de ninguno de los grandes centros de poder.

Hoy, uno de esos centros de poder ha desaparecido. Pero, en otros, el capitalismo se mantiene inexpugnable. Las sociedades que no puedan producir capital de sus fuentes internas deben inevitablemente depender de inversiones provenientes de fuentes extranacionales. El reto que deben enfrentar países como Argentina es el de determinar bajo qué términos se quieren integrar al nuevo orden económico mundial.

Una de las opciones posibles es abandonar la identidad nacional y reproducir la clase de sociedad, orientada hacia el consumo y dominada por la televisión, que existe en la tierra del Tío Sam –cuyos monumentos son los enormes y lujosos centros comerciales, la MTV y una cultura impuesta por Hollywood–; el poder de esta opción queda demostrado en el hecho de que el consumo de vino, en la Argentina, ha ido disminuyendo porque los jóvenes, influenciados por la televisión, están bebiendo más y más cerveza.

La integración de Latinoamérica ofrece otra opción bien diferente. Un bloque de naciones de América del Sur, unidas económicamente, podría dictar su propio destino, tal vez no en todos los aspectos, pero sí, ciertamente, en una medida que les permitiera preservar su identidad cultural y los valores que responden a las necesidades de su pueblo, mientras, al mismo tiempo, se lanzan a

impulsar un desarrollo económico que llene los requerimientos peculiares de la religión.

La formación del Mercosur es un hecho, sin lugar a dudas, coherente con la clase de unidad que Perón apoyaba, y representa el primer paso de un proceso que un revitalizado justicialismo podría ayudar a poner en marcha. Las economías combinadas de Argentina y Brasil no sólo representan una fuente potencial de tremenda fuerza para la región, sino que además se complementan de maneras positivas. El hecho de que la integración económica no sea ni fácil ni rápida, sino que requiera paciencia y gran esfuerzo, para lograr un mutuo entendimiento de todas las partes, no debería ser motivo de desaliento, sino una fuente de renovador vigor y voluntad de triunfar.

Hasta ahora he hablado de lo indispensables que son la justicia social y la unión Latinoamericana en las metas del justicialismo del siglo XXI. Quisiera ahora tratar de demostrar que el logro de la una, sin el éxito de la otra, puede llegar a ser imposible.

Argentina y otras naciones de América Latina han aceptado la necesidad de atraer capital extranjero a fin de mantener el desarrollo económico. Pero los inversores globales están buscando obtener el máximo provecho en sus negocios y pueden mover su flujo de capital de un país a otro en pos de las mayores ganancias, el tipo de inversiones públicas que necesitan los países en vías de desarrollo para enfrentar los problemas sociales causados por la pobreza, la insalubridad y el desempleo, siempre trae consigo un aumento de los impuestos y en las asignaciones destinadas al gasto público. Ello hace que los inversores extranjeros duden en comprometerse a aumentar el capital invertido en un país, o decidan retirar el capital invertido en el mismo, cuando tal país adopta esas políticas. Ello puede causar que los inversores busquen invertir en los países que tengan los más bajos impuestos y menores gastos públicos.

Si las naciones de América Latina tratan de abordar este dilema individualmente, el esfuerzo puede no tener éxito. Pero, si de alguna manera, pueden presentar un frente unido, una solidaridad regional mediante la adopción de iniciativas comunes respecto a impuestos y gastos públicos, ellas podrán convencer a los inversores de que, a largo plazo, es en el interés de todas las partes involucradas, repartir las riquezas de una manera más pareja, para expandir los mercados domésticos, aumentar la productividad como resultado de una abundante oferta de mano de obra capacitada y en un estado de salud, y crear la clase de estabilidad que podría ser imposible de mantener si la disparidad entre ricos y pobres continuara creciendo al paso en que está creciendo.

Debo reconocer que se trata de una empresa extremadamente difícil. Pero me da la impresión de que la integración latinoamericana, basada en la premisa de que el capital internacional es una necesidad y es bienvenido, pero sólo bajo términos razonables que beneficien, a la par, a las naciones que los reciben y a los inversores, es la mejor defensa contra la clase de capitalismo salvaje que siempre resulta ser autodestructivo.

Desde una perspectiva histórica, cincuenta años en la vida de una Nación puede parecer sólo un suspiro. La forma en que las generaciones futuras de argentinos apreciarán el justicialismo va a depender de cómo los argentinos de hoy puedan convertir el justicialismo de ayer en una doctrina que responda a las necesidades contemporáneas de la Argentina, y servir como guía para lograr un mañana más próspero y justo.

Hay una inscripción sobre el pórtico de entrada a la sede del Archivo Nacional de los Estados Unidos que pudiera servir como slogan para este distinguido Instituto: "El pasado no es más que el prólogo del futuro".

Este Instituto existe, en parte, para preservar un segmento muy importante del pasado argentino y es crucial que los jóvenes argentinos de ahora y quienes aún no han nacido, tengan acceso a ese pasado para reflexionar sobre él y a partir de allí construir un futuro que traiga paz y prosperidad a todos los argentinos.

ÍNDICE

Presentación	3
Joseph A. Page	4
Un peronismo para el siglo XXI.....	5